

Recordar, compartir, aprender

Salamanca

Saturnina Sánchez, 78 años

Alejandra Boville Blanco-Argibay, 20 años

AMAR SIN ESPERAR NADA A CAMBIO

Existen pocas personas que realicen acciones sin ningún interés, Saturnina Sánchez es una de ellas. En su pequeño piso narró su pequeña gran historia, pura emoción que desbordó la sala y quedará grabada siempre en mi corazón.

Hace unos meses vinieron a mi facultad a explicarnos en qué consistía el concurso ‘Tienes una historia que contar’. En ese momento no presté apenas atención, pero al llegar a casa y sacar los apuntes vi entre folios el folleto que nos dieron para apuntarnos al concurso. Leí las bases del mismo y vi que había buenos premios y que además podía ser interesante. Decidí inscribirme y probar suerte. Al poco me enviaron un e-mail con un par de datos sobre mi pareja, Saturnina Sánchez, 78 años, y un teléfono de contacto.

Nuestra primera ‘cita’ fue muy bien; me pareció una señora encantadora con una historia muy triste. En las sucesivas visitas, mientras me desgranaba sus recuerdos, a menudo se ponía a llorar; a mí, de naturaleza sensiblera, me costó horrores contener las lágrimas. Saturnina consiguió que me diera cuenta del valor de las cosas y qué es de verdad importante en la vida. Yo podía estar preocupada o triste por haber discutido por una tontería con mi hermana o con mi novio, pero al escuchar las experiencias que la vida ha regalado a Saturnina, comprendo lo afortunada que he sido en mis 20 años de vida, y que mis penas y disgustos han sido verdaderas bobadas.

Recuerdo que esa primera tarde yo había quedado con mi amiga María a la que hacía años no veía. En un principio pensé que con una hora sería suficiente para conocer a Saturnina, charlar un ratillo y con unas cuantas curiosidades que me contara realizar este trabajo. Según fue avanzando la tarde y mi pareja abriéndome su memoria, comprendí que María tendría que esperar; no podía irme de esa casa, rompiendo la confianza que sin esperar, Saturnina me estaba brindando.

Me cautivó desde el primer momento cuando comenzó narrando su triste infancia. Yo siempre he pensado que una persona se va haciendo desde pequeña, cuando se forja el carácter y que son esos años en gran medida los que influirán en el camino de la vida. Los defectos y valores que cada uno tenemos nos hacen empobrecernos y enriquecernos poco a poco. No es fácil, pero si nos lo proponemos y luchamos por ello podemos conseguir ser grandes personas. Saturnina es un claro ejemplo de ello. Desde su más tierna infancia trabajo, esfuerzo y estrecheces fueron su constante compañía. Vivía con sus padres y sus ocho hermanos en un barrio de Salamanca, en una casita de madera y sin ventanas. Muy a menudo el río se desbordaba obligándoles a desalojar su vivienda en barca.

Cuando por fin consiguió dejar atrás esa vida, Saturnina comenzó una nueva etapa trabajando muy cerca del que sería su futuro marido.

A los 24 años se casó con su amado y fruto de esa unión nacieron sus ocho hijos. Pero aquél del que Saturnina se enamoró fue transformándose. “Era muy buena persona pero sólo de lunes a viernes”; llegado el fin de semana se producía en él una mutación dolorosa; salía de casa con sus amigos y estaba tres días sin aparecer, prácticamente vivía en “sus” bares y bebía hasta emborracharse. En una ocasión fue a buscarle y él, borracho, quiso pegarle, pero fue él quien salió mal parado ya que su propio padre le propició una paliza en cuanto se enteró.

Pese a encontrarse sin ayuda, sin apenas apoyo y cariño de su compañero, con el que siempre continuó

Recordar, compartir, aprender

conviviendo, y rodeada de grandes estrecheces, la generosidad de Saturnina no hacía más que crecer. Esta inigualable mujer con los ocho hijos a su cargo, no dudó en acoger en su casa a cuatro sobrinos que perdieron a su madre, además de tener a su cuidado a una hermana con graves problemas psicológicos. Con esa gran familia en casa, Saturnina tenía que trabajar limpiando ocho casas diarias, ya que con el sueldo de albañil de su marido no tenían ni para vivir.

Pasó el tiempo y los ya no tan niños fueron volando uno tras otro de casa. Vivió muchos años cuidando de su familia y ahora volvía a estar sola con su marido, cuya salud poco a poco iba empeorando sin que los médicos detectaran la gravedad del mal que le afectaba. Cuando le diagnosticaron cáncer ya era demasiado tarde, ninguno de sus hijos pudo despedirse de él ya que no creyeron a Saturnina cuando les avisó de la enfermedad terminal que aquejaba a su padre. Incluso siendo la mejor esposa, aquella que nunca se separó de su lado, los hijos la excluyeron de la esquela y no permitieron que nadie les diese el pésame. Seguramente esa noche fue la más triste de su vida; en esos momentos tan duros sus hijos la dejaron sola.

Alguno de ellos incluso retiró la palabra a su madre al enterarse de que conforme a las leyes que regulan las testamentarias, Saturnina conservaría hasta su muerte el usufructo de los bienes de la herencia.

Actualmente, Saturnina padece Parkinson y su estado físico no es muy satisfactorio, pero aun así continúa trabajando a diario porque nunca ha dependido de nadie y quiere seguir valiéndose por sí misma. Con todo esto es directora de una asociación de mayores y goza del cariño de algunos de sus hijos, de sus hermanos y de muchos compañeros y amigos.

Después de conocer a Saturnina, el premio es lo de menos. Ella ya ha ganado mi cariño y admiración, y yo también su afecto y una experiencia inolvidable. Es una persona increíble, un impresionante ejemplo de entrega, sacrificio y amor desinteresado. Sus ganas de vivir, su lucha incansable y su generosidad sin límites, ella lo atribuye, con toda su humildad, a su fe y devoción a Jesús, quien seguro desde el cielo le habrá reservado un lugar muy especial en el que tenerla cerca y disfrutarla.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Nada es suficientemente malo, o bueno, o grande, o pequeño, o importante, o insignificante, para dejar de luchar en la vida. Un cúmulo de pequeñas acciones, actos, situaciones, palabras, gestos, consejos, ayudas, esfuerzos... hacen de una cosa pequeña, algo muy grande, que se convertirá en el todo al final de tu vida. Ese conjunto que al final del camino te hará mirar atrás y recordar todo aquello por lo que has vivido, ya sea bueno o malo, porque lo bueno no sería tan bueno si lo malo no estuviera presente. Es entonces cuando te das cuenta de la infinidad de cosas que han hecho que tu vida siga mereciendo la pena.

Saturnina está segura de que “lo único que hay que hacer en la vida es creer, si crees todo te sale bien, no tienes maldad”. Creyendo, ha conseguido ver el lado bueno de las cosas y, así, ha logrado salir adelante. Para que las cosas salgan bien siempre hay que pensar en lo bueno y seguir luchando cada día.

Esta gran mujer que ha vivido tantos años y miles de experiencias está segura de que “lo mejor en esta vida es creer y amar, porque si tú amas al prójimo te amas a ti mismo”. Saturnina ha sufrido mucho a lo largo de toda su vida pero ella en ningún momento ha dejado de creer.